

La Semana Cinematográfica



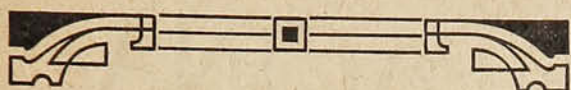
MAY ALLISON

Protagonista de «La Señorita Bolshevique»

Año III :: Núm. 133

Noviembre 18 de 1920

Precio: 60 centavos



¡Pobres hombres!

Para Mary Fanny.

Me está ocurriendo a mí, con esto del matrimonio, algo parecido a lo que les sucede a muchos revolucionarios: que después de haber pasado toda su vida predicando la revolución, el día que sienten pasar a las turbas gritando ¡abajo el gobierno! se asustan y quieren detenerlas.

Yo, que tanto he batallado y discutido con mis lectoras en esta Revista para que se sientan mujeres y no amas de llaves, ahora que las veo dispuestas a no aceptar ese papel deprimente, estoy comenzando a sentirme inquieto.

«¿Qué irá a ser de mí cuando me case, si me toca en suerte, que seguramente me tocará, alguna de estas ideales lectorcitas de LA SEMANA, llena de ideas de independencia y dispuesta a trabajar y a ser algo en la vida?

Un sentimiento que llaman de propia conservación y que en buenos términos no es más que egoísmo, me hace temer, ahora que estoy pensando en casarme, que las armas que yo he forjado contra los hombres y que he puesto en manos de nuestras dulces enemigas, se vuelvan contra mí.

¿Qué será lo que me espera? ¿Me tocará en suerte una chiquilla rubia o morena? Las rubias son más paradas y más bravas; las morenas son más lánguidas y más pacientes. Hay también las blancas, que reúnen las cualidades de las rubias y de las morenas. ¿Me convendrá una rubia? ¿me convendrá una morena? ¿me convendrá una blanca? ¡Ay! quien sabe cual será la que mi corazón elija, y lo que falta es que al fin y al cabo me toque caer con la más brava.

¡Pobrecito de mí! ¡pobres de nosotros, queridos amigos, que ahora vais muy gallardos y muy tiesos, por calles y paseos, pololeando chiquillas! ¡Pobres de nosotros! Ya las chicas no son como antes y no están dispuestas a pasarse todo el día, como nuestras abuelas, dirigiendo el aseo por las mañanas y en las tardes zurciendo calceta.

¡Felices tiempos aquellos en que cualquier marido barrigudo o salvajote tenía en su casa una criatura dulce, tierna y resignada,

que no tenía otro pensamiento en la cabeza que el de darle gusto al caballero! Ya no volverán seguramente aquellas gangas. Ya no nos tocará a nosotros, como a ellos, tener quien nos lleve el chocolate a la cama. Y menos nos tocará todavía, como a aquellos dichosos varones, tener quien nos sobe la barriga cuando nos sintamos abotagados o quien nos friegue los pies con cebo y mostaza cuando nos acostemos con los pies helados. Aquellos hermosos tiempos y aquellas hermosas cosas, se fueron ¡ay! y se fueron para no volver.

Con qué nostalgia pienso, ahora que ya voy viendo más de cerca mi propio matrimonio, en lo agradable que sería la vida de aquellos maridos del tiempo de la Colonia, que llegaban a su casa quejándose de la mala comida y obligando a su mujer a ir a la cocina a freírles por sus propias manos un beafreak con huevos. Felices ellos, que estuvieron bien servidos, y pobres de nosotros, que sólo tenemos en perspectiva reinas absolutas, dueñas de su persona, de su tiempo, y lo que es peor, de su dinero.

No puedo recordar sin escalofríos, una crónica que leí hace poco, en la que un periódico narraba la novela de aquel desgraciado que se casó con Jeane Lorraine. Jeane Lorraine era una artista, y lo es todavía, que ganaba y sigue ganando mucho dinero. En estas deplorables condiciones, se le ocurrió a un inexperto joven casarse con ella. Naturalmente, desde el principio, las cosas fueron mal. «Mi mujer no se preocupa de mí ni de mi casa, decía el desventurado, lamentándose, a todos sus amigos; vive fuera, se lleva con artistas, canta, baila, hace y deshace contratos con los empresarios, sale de viaje cuando se le ocurre y ni siquiera me consulta; soy un hombre muy desgraciado».

Esto mismo, jóvenes amigos, es lo que puede ocurrirnos a nosotros. Las muchachas están completamente echadas a perder y no hay ya quien pueda enderezarlas. Ya no lograremos hacer de ellas las sencillas y serviciales y sumisas matronas de otros tiempos. Ya no lograremos convencerlas de que la libertad es peligrosa y de que estarían mucho mejor que afuera, en su casita, al lado de su maridito. No nos queda más que conformarnos y decir, como todos los viejos y viejas de todos los tiempos: «el mundo está hoy muy malo».

¡Pobres hombres! — Scout.